

EDUARDO DIEZ DE MEDINA

RECUERDOS É IMPRESIONES

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

Sinfonía aymara

AHÍ va el indio de la altiplanicie con la mirada incierta y el cerebro saturado del alcohol; ahí va el pobre desdeñado de la vida, cuyas pupilas nubladas por el velo de la ignorancia, vagan, pareciendo interrogar á la inmensidad que se dilata ante sus ojos.

Marcha por la pampa desierta haciendo vibrar los extraños sonidos de una flauta, al compás inarmónico de sus pisadas sobre la dura tierra, llevando tal vez en le recóndito de su alma muchos recuerdos, muchas impresiones, que él no sabe decir ni expresar á los demás.

No se detiene para descansar y adquirir nuevas tuerzas. El es fornido y vigoroso. Bajo el sol canicular que caldea el suelo, con los descalzos piés encallecidos é insensibles al leve dolor físico, avanza imperturbable en su camino, masticando en silencio sus congojas ó alegrías é indiferente para el mundo exterior que le rodea.

¿Qué sentimientos ocultos reconcentran sus sentidos, absorben su espíritu multiforme ó sencillo, sutil ó delicado? ¿Qué extraña sugestión le encastilla en su egoísmo, cuando fija la mirada en el espacio parece dialogar con el mismo instrumento al que confiara sus congojas y secretos?

Misterio indescifrable! Pero hay algo oculto, íntimo, sugestivo, en el egoísmo, en el recogimiento de esa alma triste y errante, que seduce á la nuestra y le acerca en misteriosa simpatía. Los sonidos mismos de su flauta, agudos, gemidores y de una monotonía desesperante, son como un sollozo prolongado de dolor que nos conmueve intensamente. Y los tonos del instrumento no cambian, no varían, se repiten siempre, persistentes y monótonos, prolongando la elegiaca sinfonía aymara.

La detenida contemplación de esta alma que cruza por ante mis ojos y se aleja con los gemidos de su flauta, me recuerda los bailes que celebra, cuando festejando algún aniversario religioso ó de familia reúnen los *tokoris* para entregarse á sus largas expansiones báquicas; la sinfonía se hace entonces más triste y lúgubre, pues los sonidos agudos de las flautas contrastan con los ecos del *hacha huancara* que dá á los aires sus voces duras y secas, como martillazos de ultratumba. Y toda esa música extraña vibra al compás de las danzas indígenas, en tanto que hombres y mujeres reunidos, formando un amplio círculo y cogidos de las manos, bambolean las cabezas y mueven nerviosamente las piernas, mientras las *hailliris* muestran los vivos y múltiples colores de sus *polleras* que ondulan y giran con impulso vertiginoso. Este curioso entretenimiento suele durar largos días, alternándose las danzas monótonas con las frecuentes libaciones báquicas.

Al presenciar uno de estos espectáculos, ocurre pensar que esos pobres seres, ignorantes ó fanáticos, se entregan á tan singular diversión impelidos solo por la costumbre

atávica que parece determinar sus actos exteriores; mas es fuerza suponer que quizá un hondo sentimiento de pena les impulsa á mezclar su música triste con sus danzas extrañas, y luego otro sentimiento de hastío, de aburrimiento, de profundo desprecio hacia la vida, les induce á ahogar sus desdichas y miserias en los vahos del licor que los aduerme... y los aleja de esa vida!

Pero en fin: ese pobre solitario que ahí vá lentamente por la inmensa pampa desierta, haciendo siempre vibrar los extraños y melancólicos sonidos de su flauta, es un símbolo de tristeza, de dolor, sobre la tierra. Sobre ella, según Emerson, todos somos símbolos y de símbolos vivimos.



En el mar

UNA brisa fresca y suave, como la caricia de dos labios color de rosa, vaga en el ambiente de la tarde que languidece en el ocaso.

Estoy en alta mar. Y sobre la cubierta del buque, desde donde puedo admirar el panorama que se presenta ante mi vista, me entrego al capricho de mis pensamientos que van girando por la imaginación cual blancas libélulas fantásticas.

El buque cruza suavemente la superficie de las aguas y allí, en el horizonte, los pálidos celajes del crepúsculo diseñan el fondo de un paisaje que simboliza la magestad de la melancolía.

El ideal de lo bello es el Arte, y la nota sublime del Arte, la tristeza.

¿Qué cuadro más perfecto, más bello en la Naturaleza, que el que ostenta sus ramos más sencillos y á la par grandiosos?

El cielo, el mar y el espacio.

Hermoso trinomio cósmico para el artista que al contemplarlo siente en la imaginación los aleteos del recuerdo-compañero del dolor-mientras su espíritu se aduerme en la calma y el silencio misterioso de la tarde.



Y pienso en el ideal que acarició mi frente soñadora, cuando llena el alma de esperanzas é ilusiones perseguía su realización con el ardoroso afán de los veinte años.

Ir más allá, siempre avanzar, palpar siquiera fuese gradualmente el progreso de la civilización humana-viajar! —he ahí condensado en una sola palabra el ideal de mi espíritu abierto á las impresiones de lo nuevo, de lo bello, del porvenir. Y he aquí que ahora, cuando el ideal parece convertirse en realidad y cuando allá voy, navegando en las aguas de un mar tranquilo, contemplo el soberbio panorama que se presenta ante mis ojos y luego... siento caer sobre mi frente el beso gris de la nostalgia...

¿Será porque el ideal que se alcanza ya no tiene la atracción irresistible que ejercía al concebirlo nuestra mente inquieta? ¿Será porque la aspiración más breve no se satisface detenida en los límites humanos?

¿Será porque las mismas brisas de la tarde me traen los recuerdos de la patria ausente? Tal vez. Pero el buen hijo, con la espada del guerrero, con la pluma del diarista ó con la lira del poeta, puede servir, amar y defender á su Patria en todo lugar y en todo tiempo, y cuanto más lejos está de ella, más cerca en el pensamiento y más excelso, porque es más grande, el cariño con que la invoca.

¿Qué otro recuerdo embarga mi espíritu y parece detener el impulso que me aleja hacia otras tierras?

El hogar!

¡Sensación extraña y misteriosa aduna al mismo tiempo la dicha y la tristeza en mi alma que lo evoca á la distancia!

La dicha, porque solo de allí, desde el hogar, me llegan los destellos de la felicidad que alumbra el alma en las horas del placer, del dolor, del hastío ó de la duda...

Dudé de los honores y la gloria,
de la noble amistad, y aun de la Patria!
que cual la prenda de los castos sueños
es más querida cuanto más ingrata.

Y náufrago lanzado por la duda
al piélago insondable de la nada,
solo para adoraras ¡padres míos!
sobre esa mar mi espíritu flotaba.

La tristeza, porque lejos del hogar el alma se abisma en el vacío, la voluntad desfallece y la vida se muestra tan negra y tan sombría, que si esa vida, fruto de otras dos, no recibiera de ellas el hálito del recuerdo que alienta y fortalece, bien valdría la pena de no amarla ni vivirla!

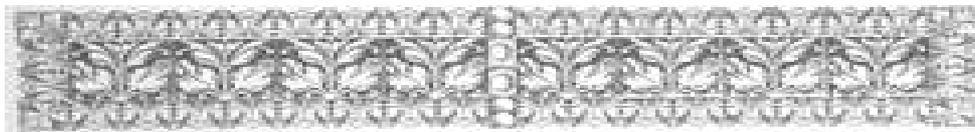
Es la hora solemne del recogimiento y del misterio. Se aduerme la naturaleza en brazos del silencio y solo el buque avanzando lentamente sobre las aguas verdes y tranquilas, semeja en su leve rumor arrancar á las ondas suspiros que se quejan y se alejan... No lejos de mí, apoyados en la baranda del corredor, dos esposos cuyo cabello ha blanqueado ya la nieve de los años se entretienen contemplando el paisaje que dibuja la caída del sol en occidente. De pronto advierto que los labios de la mujer interrogan: "¿hay algo más imponente y más augusto que este hermoso panorama?" Maquinalmente y como respondiendo á esa pregunta, mis labios balbucean: "mi hogar!"... siento que asoma á mis ojos una lágrima y... calla el lenguaje humano: habla el alma



Para la obra genial de un artista-escritor ó poeta —he aquí el tema:

Ante la vista, el cielo, el mar y el espacio.

Y en el pensamiento, el hogar, más risueño y augusto que el hermoso cielo azul, más tranquilo y magestuoso que el inmenso mar, sereno, y como el espacio-imagen de la grandeza del amor humano —sin mácula y sin límites!



El beso de la tarde

HERMOSA flor de primavera, descollaste en el huerto florido de mis sueños como una regia aparición fantástica. Tus hermanas te dieron sus gracias y dones á porfía: el carmín del clavel tiñó tus dulces labios, te dió la rosa del vergel su lozanía, su perfume delicado la violeta, el jazmín la hermosa palidez de tu angelical rostro, el azahar más bello su pureza, el beso de la aurora sus caricias y el beso de la tarde sus tristezas.

Así apareciste deslumbrante ante mis ojos, flor divina, y yo mariposa inquieta volé á cubrirte con mis alas de suerte que los vivos rayos del sol no llegaran á tocar tu hermosa cabellera de oro, ni las aves bulliciosas te digeran sus canciones ignoradas, ni el suave cierzo acariciara tus encantos y belleza.

En la primavera de la vida, cuando el sereno cielo azul simbolizaba amores y ventura, fuiste como una radiosa estrella que desprendida del firmamento llegaba hasta mí; yo mariposa seducida y enamorada de la luz, entregué mis alas al fuego del astro que nacía.

Y corrió la primavera.

Bajo el cielo de las tardes estivales, acaricié tu rubia cabellera de oro, adoré la tez suave é inmaculada de tu rostro, aspiré el mágico perfume de tu alma y dije á tus oídos mis frases, que cual bandada de tímidas palomas, te contaban mis anhelos, mis congojas, mis pesares é ilusiones.

Hasta entonces, tranquilos y dichosos, adormecidos por la música divina del Hada que arrullaba nuestros sueños, no habíamos detenido la vista ante el peligro que de frente amenazaba. De pronto una voz secreta nos abrió los ojos y ahí le vimos: severo, inexorable: era el Destino que pronunciaba la fatal sentencia: deteneos! —vuestro amor es imposible!

Hasta entonces la pasión, aquella sierpe tentadora, que enroscada en nuestras almas abría sus fauces para devorar la juventud rebotante de esplendor y de vida, nos había adormecido con su fingido canto de sirena, en tanto que bogando por un lago azul y terso, en la barca del ensueño, marchábamos rápidamente hacia un mar desconocido. Mas, la barca se detuvo. Oscuros pensamientos, como las alas de un búho siniestro y agorero, rozaron nuestras frentes y maquinalmente ambos en silencio repetimos: nuestro amor es imposible!

Luego, yo sentí que una fuerza extraña trataba de alejarme de ahí, lejos... muy lejos.... sólo! y parecióme ver que tú también huías temerosa de mi lado, cual si las doradas alas de la mariposa que celosa te cubría, se hubiesen tornado de pronto negras, muy negras, como las alas del búho siniestro y agorero.



¿Recuerdas?

Fué en un paraje triste y solitario en donde, á corta distancia, se divisaban las siluetas de tres obreros entregados á sus pesadas faenas minerales.

La rueda enorme de una máquina giraba en monótono y pausado movimiento y su sonido gutural y extraño parecía armonizar con la serena gravedad del imponente crepúsculo.

Solos los dos, como dos avecillas que tiritando se buscan y estrechan para resistir las ráfagas glaciales de una noche tempestuosa, pálidos, temblando de emoción, nuestras miradas se interrogaron ahí, inmóviles; no parecía sino que nuestras almas se buscaban en ese instante de mortal y triste desaliento, cual si quisiesen infundirse mutuamente confianza y valor para resistir la tempestad que mostraba desencadenarse en la noche oscura de la vida.

El silencio sellaba nuestros labios. Levemente apoyada en mi brazo que rodeaba tu cintura, con la frente inclinada hacia el arroyo murmurador que corría á nuestros piés, yo ví escapar una lágrima furtiva de tus ojos, perla deslizada en la tímida corriente.

Nuestros espíritus, divagando en el silencio, hallaron la horrible revelación en el fondo inescrutable del misterio. Lo sabíamos ya: nuestro amor era imposible!

Esa funesta idea me poseía en ese instante y ella debió dominar también tu espíritu cuando, como una flor enferma, temblabas nerviosamente entre mis brazos.

¿Seríamos los verdugos de aquel mismo amor nacido entre las redes del ensueño? ¿Sería necesario extirpar la sierpe que moraba en nuestras almas? Ciegos, caminando á tientas é impulsados por ella misma ¿dejaríamos que se apoderase y devorase la lozana juventud de nuestras vidas?

Horrible lucha! La voz de la conciencia inexorable, ahogando los gritos del corazón libre y por lo mismo caprichoso; y la pasión que ofuscando los sentidos, nos abrazaba en sus alucinantes llamas tentadoras...: Venció aquella y como una ráfaga de viento, pasó diseñando extrañas palmas por el cielo.



Bien: estaba resuelto. Ahí quedabas tú. Y yo me alejaba de tu lado para siempre! Acaso en el curso de la vida, variable y agitada, no volvería á electrizar el choque de nuestras miradas llenas de pasión, ni escucharíamos las frases tiernas y cariñosas con que se embriagaban de amor nuestros sentidos.

Desde entonces nuestra ruta era distinta.

Tú, resignada y más sensible á los halagos que te brindarían nuevos sentimientos y cariños, verías disiparse el recuerdo de aquella racha pasajera de pasión como se esfuman los signos trazados en una hoja de papel, entre el polvo amarillento del tiempo y del olvido.

Yo, siguiendo mi vida de bohemio soñador y taciturno, conservaría en estrofas débiles y pálidas, el recuerdo de ese fatal instante en que apareciste ante mí, sencilla, magestuosa, con todos los encantos y dones que te dieron tus hermanas, las flores, con la atracción irresistible que para nosotros los poetas tiene quien recibió de la tarde silenciosa y melancólica su beso de tristeza!



Ha transcurrido mucho tiempo. Y cuando pensativo, solitario, en el crepúsculo de la tarde siento que viene á acariciar mi frente ese recuerdo ya lejano, me invade una nostalgia profunda é infinita y luego maquinalmente interrogo: ¿será ella quien me envía el beso misterioso de la tarde?

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

[Inicio](#)